



Francis Fukuyama, *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 2018, 240 pp.

En su más reciente ensayo, Francis Fukuyama aborda uno de los temas centrales de la teoría política contemporánea: los desafíos que representan las exigencias de los grupos identitarios para la democracia liberal. Entre los problemas asociados a tales desafíos se encuentra, según Fukuyama, que el interés por las políticas de distribución económica haya sido reemplazado por una atención sin precedentes a las políticas de reconocimiento identitario. Hace ya más de dos décadas, esta preocupación recibía diferentes respuestas, entre las cuales la más emblemática quizá sea la de Nancy Fraser. Desde una perspectiva progresista, Fraser se inquietaba por la aparición de lo que ella acuñaba como la “condición post-socialista” y proponía una teoría que integraba armoniosamente la redistribución y el reconocimiento. La idea consistía en crear un concepto de justicia “bivalente” capaz de acomodar tanto las demandas de igualdad social y distribución económica como las de reconocimiento de la diferencia. El eje normativo de su marco teórico lo constituía la noción de “paridad de participación”: puesto que era injusto que a los individuos se les negara la posibilidad de una completa interacción social, deberían poder contar no sólo con recursos materiales para garantizar su independencia económica, sino también con una igualdad de respeto y de oportunidades en la búsqueda de estima social. Esta no es, sin embargo, la posición normativa que toma Fukuyama. Lejos de concentrarse en las estructuras que hacen posible la participación de todos los individuos de una nación en el proceso democrático, de tal manera que las minorías identitarias puedan situarse en pie de igualdad con las mayorías culturales, Fukuyama se concentra en la necesidad de reconocimiento del ser humano como razón estructurante de las divisiones profundas que existen en las democracias liberales y, en particular, en la norteamericana.

El principio de reconocimiento universal del liberalismo moderno se ha transformado, según Fukuyama, en el reconocimiento especial de grupos particulares. En lugar de generar solidaridad en torno a grandes colectividades, los progresistas han convertido la celebración de la diferencia en un sustituto barato de su lucha por los explotados económicamente. Ésta sería una de las razones por las cuales la inmigración se ha convertido en un problema neurálgico en muchos países del mundo, sobre todo cuando el declive económico de las mayorías se interpreta como pérdida de estatus resultante de la inmigración y las políticas de identidad, que provocan resentimiento y resistencia.

Si la izquierda liberal ha dejado de prestar atención a la economía para promover los intereses de los grupos marginalizados, tales como las minorías identitarias, la derecha se ha centrado, como respuesta, en proteger la identidad nacional tradicional; una identidad que estaría conectada explícitamente con la raza, la etnicidad o la religión. Así, si los primeros se sienten víctimas de la exclusión, de la discriminación o del racismo, los nacionalistas estiman que han sido olvidados e irrespetados, en parte como resultado de las propias políticas de reconocimiento de las minorías étnicas y raciales.

Fukuyama sostiene que las políticas de identidad se han vuelto tan presentes en los Estados Unidos y otras democracias liberales debido, en parte, a lo que se ha calificado como “el triunfo de lo terapéutico”. La religión habría sido substituida, en gran medida, por la psicoterapia cuyo rol sería el de darle un propósito a los individuos, permitiéndoles liberar el auténtico yo. Tal giro terapéutico en la cultura popular de democracias liberales, se reflejaría en sus políticas públicas, así como en la comprensión del rol del Estado. Si para el liberalismo clásico del siglo XIX el Estado era responsable por la protección de los derechos básicos y su reconocimiento era esencialmente el de los derechos universales, el gobierno ha adquirido un rol terapéutico basado en la idea según la cual la felicidad del individuo depende de su autoestima. El giro terapéutico habría contribuido a la toma de conciencia de la importancia de las identidades de las minorías raciales y de las mujeres, haciéndose más fuerte en los años 70 y 80. A la vez, el multiculturalismo, que originalmente servía para describir las sociedades diversas, se convertía en una etiqueta para un programa político que valora cada cultura separada y cada experiencia vivida de manera similar, sobre todo la de aquellos que habían sido marginalizados en el pasado. En palabras de Fukuyama, mientras el liberalismo clásico buscaba proteger la autonomía de los individuos, la nueva ideología del multiculturalismo comenzó a promover el igual respeto por las culturas incluso si esas culturas reducían la autonomía de los individuos que participaban en ellas.

A pesar del tono conservador de su narrativa, Fukuyama estima que las políticas de identidad son una respuesta natural e inevitable hacia la injusticia. El problema son las formas particulares de celebración de identidad de la izquierda, y que estas se han convertido en un sustituto de la búsqueda de una mayor igualdad económica en las democracias liberales. De hecho, las democracias liberales tienen buenas razones para no or-

ganizarse alrededor de las exigencias de reconocimiento social de grupos identitarios, pues dicho reconocimiento se basaría en características fijas que no pueden ser negociadas, como el género o la etnia. Las sociedades democráticas necesitan proteger a los excluidos, pero también necesitan alcanzar objetivos comunes. El acento puesto en la protección de ciertos grupos identitarios amenaza, en última instancia, la posibilidad de una comunicación y de una acción colectiva. La solución ofrecida por Fukuyama es definir una identidad nacional inclusiva que tome en consideración el hecho de la diversidad existente en las democracias liberales. Una buena forma de alcanzar esta identidad nacional es a través de las políticas de asimilación, pues ellas contribuyen a la cohesión social. La identidad, concluye Fukuyama, puede ser usada para dividir, pero también puede serlo para unir. Este es justamente el remedio para las políticas populistas del presente.

Uno de los méritos de este ensayo es que articula de forma coherente una amplia gama de problemas complejos que tienen lugar en la arena política actual y cuya interconexión no resulta siempre evidente. Fukuyama organiza y estructura de manera límpida un conjunto de fenómenos que frecuentemente son tratados en la literatura de forma aislada, integrándolos en un marco explicativo en cuya base se sitúan las luchas por el reconocimiento identitario. Otro de sus méritos es el de incorporar en su análisis un elemento que frecuentemente escapa a las teorías políticas de la diversidad. Si en los últimos 30 años tales teorías, con notables excepciones, se han concentrado en las consideraciones morales que el Estado debe tomar en cuenta en la elaboración de políticas públicas que afectan a las minorías culturales y religiosas, las mayorías culturales han quedado a menudo al margen de sus análisis.

El ensayo presenta, sin embargo, varios problemas de los cuales sólo mencionaré tres. El primero concierne el diagnóstico según el cual los defensores de las políticas de reconocimiento identitario habrían abandonado la lucha por la igualdad económica centrándose casi exclusivamente en el reconocimiento de la identidad de los miembros de grupos tradicionalmente marginados. Es cierto que los últimos 30 años la gestión democrática de la diversidad, tanto en Norteamérica como en Europa, ha ocupado un lugar central tanto en los debates académicos como en la esfera pública. Es también cierto que los partidarios de estas políticas son, por lo general, progresistas. Lo que Fukuyama pierde de vista es que una de las justificaciones teóricas fundamentales de las políticas del reconocimiento es la de que todos los ciudadanos puedan tener un igual acceso a los bienes y recursos económicos de la sociedad: los grupos cuya identidad ha sido marginada son frecuentemente aquellos con menos recursos económicos. Una de las ideas centrales del multiculturalismo liberal, por ejemplo, es justamente la de renegociar las condiciones de integración social de los grupos minoritarios a través de polí-

ticas de reconocimiento identitario. Estas son, en este sentido, también políticas de integración económica y social. El reconocimiento identitario permite justamente que los empleadores adopten medidas para acomodar a los miembros de las minorías culturales y contrarrestar la discriminación directa e indirecta de la que son frecuentemente víctimas.

El segundo problema consiste en las generalizaciones abusivas que a menudo establece Fukuyama. La idea, por ejemplo, según la cual el multiculturalismo es una ideología que promueve el igual respeto por las culturas, incluso si esas culturas reducen la autonomía de sus miembros, no hace justicia a las teorías multiculturalistas que, demarcándose de los argumentos conservadores hacen de la autonomía el principio sobre el cual justifican las políticas de reconocimiento. De hecho, uno de los objetivos del multiculturalismo liberal es justamente hacer posible la autonomía de las minorías culturales. No todos los multiculturalismos promueven la igualdad entre culturas, y hay algunos, como el de tipo perfeccionista que hacen del respeto de la autonomía de los miembros de los grupos culturales, la condición del apoyo del gobierno a dichos grupos. Otra de las generalizaciones de Fukuyama es la de afirmar que el multiculturalismo valora cada cultura separada. Esta es, de hecho, la retórica adoptada por algunos republicanos franceses que en los años 90 libraban una batalla feroz contra el multiculturalismo, y que concluyó con la prohibición del velo islámico en las escuelas públicas. Las versiones más influyentes del multiculturalismo son, sin embargo, interculturalistas y se proponen justamente impedir la fragmentación a través de la interacción cultural.

El tercer problema se encuentra en la solución que ofrece Fukuyama. La idea de una identidad nacional inclusiva es, por supuesto defendible, y ha sido de hecho defendida desde hace treinta años en el marco del nacionalismo liberal. Curiosamente, Fukuyama entiende que la vía para lograr tal identidad reposa sobre la asimilación. Sin decirnos mucho sobre la manera en que define esta última, y concentrándose casi exclusivamente en los inmigrantes recién llegados, deja sin solución el problema de la inclusión democrática de todos los grupos identitarios que no entran en la categoría de “recién llegados”. A fin de cuentas, algunos de estos grupos poseen ya un sentimiento de identidad nacional y, aun así, continúan marginalizados. La solución no puede ser únicamente favorecer una identidad nacional, sino conseguir, además, que los ciudadanos confíen en las instituciones públicas y que tanto su integridad moral como los principios que la democracia liberal ha prometido garantizar sean respetados de igual modo para todos. Lo quiera o no Fukuyama, las políticas de identidad son parte del camino. Quizá sean parte del problema, pero definitivamente lo son de la solución.

Karel J. Leyva